

ODISEA DEL ANCLA DE COLON

Por Carlos Dobal. (ADH)

Por el año 1887, el “eminente médico e inquieto investigador santiagués” Dr. Alejandro Llenas, “viajaba frecuentemente al Cabo Haitiano”, en el desempeño de funciones oficiales del servicio exterior de la República Dominicana. En uno de estos viajes de casi “un año de duración”⁽¹⁾ el Dr. Llenas, investigador histórico incansable, se propuso buscar en la costa norte de Haití, el ancla que había pertenecido a la Santa María, nao insignia del Almirante Descubridor. Sabía bien el Dr. Llenas por documentación histórica y larga tradición, que, destruida por Caonabo, la Fortaleza de la Navidad edificada con los restos de la Santa María, había sido recuperada por el Almirante en su segundo viaje “un ancla de la carabela, que se había desmantelado en el primero”. Sabía también que el lugar donde se depositaron los restos de la Santa María, era el Guarico, en la actualidad Petite-Anse, jurisdicción de La Limonade en territorio haitiano.⁽²⁾ El punto era cercano a donde se alzó el Fuerte de La Navidad.

1) Hungría Morel, General (r) Radhamés, Traído por Carmenchu Brusiloff: “en el año 1887, Llenas encontró dos anclas de la Santa María”, *Listín Diario*, República Dominicana 25 de febrero de 1989 P. 12-C.

2) *Ibidem*.



Siguiendo estas pistas, el Dr. Llenas encontró “ocultas dentro de unas montañas boscosas”, “las dos anclas de la Santa María”

El lugar donde aparecieron las anclas era un predio rural correspondiente a la finca Bellevue, propiedad de un general haitiano “descendiente de uno de los libertadores negros, a quien correspondió como participación del botín” cuando la victoriosa campaña haitiana contra los colonos franceses. El general propietario de la finca y el Dr. Llenas “convinieron honorablemente en quedarse cada uno con una de las anclas”, dice el historiador militar general Radhamés Hungría Morel.⁽³⁾ Esto era lo correcto, tratándose de dos reliquias importantísimas para la historia común de las respectivas patrias del descubridor de las reliquias y el dueño del lugar donde éstas fueron encontradas.

Las anclas presentaban las siguientes características: “eran de hierro forjado y batido en barra, midiendo cada una unos nueve pies de largo. Un aro grande de más de un pie de diámetro las remataba”.⁽⁴⁾

Tomando en consideración estas características, comprendemos las dificultades que hubiera tenido el Dr. Llenas para trasladar entonces a Santo Domingo, el ancla que le correspondía en el trato. De aquí que ésta quedara en custodia del caballero haitiano que se la había gentilmente obsequiado.

Así las cosas, en 1891, visitó la República Dominicana el Comisionado Especial de la Exposición Colombiana Mundial, motivada por el IV Centenario

3) Ibidem.

4) Ober, Frederick A. *“In The Wake of Columbus”*. pp. 229-234.



del Descubrimiento, Sr. Frederick A. Ober. Venía el Comisionado con el encargo de obtener reliquias del Descubrimiento; y a estos efectos, después de recorrer el país colectando objetos históricos, se entrevistó con el Dr. Alejandro Llenas, en Puerto Plata.

Sobre el Dr. Llenas, dice Ober: “por el cultivo de un espíritu de investigación y por mantener vivo interés en la historia y la tradición, el pueblo de Santo Domingo tiene contraída una deuda con un residente de Puerto Plata, el Dr. Alejandro Llenas, quien ha escrito mucho y ha publicado en los periódicos locales varios artículos sobre los aborígenes, las antigüedades y los primeros establecimientos o pueblos. A él agradecí la información que llevó al recobro del ancla por tanto tiempo perdida, de la carabela de Colón en Haití, y de él recibí la promesa de un préstamo de una pequeña pero valiosa colección de antigüedades para la Exposición. Ojalá que la isla tuviera más hombres de este tipo y menos políticos mezquinos, pues hombres como él mantienen viva la chispa de la civilización y ponen al país en contacto con la cultura y el progreso del mundo”.⁵⁾

Sobre el asunto del ancla, dice Ober: “tuvo (el Dr. Llenas la gentileza de permitir que me llevara a exhibir en la Exposición Colombiana de Chicago, el ancla de su pertenencia que aún permanece en la finca haitiana donde él la encontró”. Si se estudia el párrafo que antecede, se sacará obviamente, la conclusión de que el Dr. Llenas no donó, ni obsequió, ni regaló el ancla. Los términos son muy claros: “tuvo la gentile-

5) Rodríguez Demorizi, Emilio *“Relaciones Geográficas de Santo Domingo”*. Tomo II.



za de permitir (a Ober) que se llevara, para exhibirla en la Exposición Colombiana de Chicago, el ancla de su pertenencia”. Es decir, el Dr. Llenas prestó al Comisionado Ober el ancla de su pertenencia. Repito: los términos son muy claros.

Ahora veamos cómo, con la autorización escrita del Dr. Llenas, el Comisionado Ober trasladó el ancla desde Haití a Chicago.

El mismo Ober explica el proceso y deja traslucir, en parte, su sinuoso proceder en relación con el ancla de la Santa María, cuya propiedad él mismo reconoce al Dr. Llenas, cuando dice en párrafos posteriores: “el dueño de la propiedad donde se halló una de ellas, se la obsequió”.

Sin embargo, en otro párrafo dice que: “mi culto amigo (el Dr. Llenas) me había hablado de ella (el ancla) en Santo Domingo; y yo ardía en deseos de verla y en caso de comprobar que se trataba de una auténtica reliquia del pasado, comprarla”.

Y nosotros nos decimos: ¿comprarla a quién? ¿Al caballeroso general haitiano que la había ya obsequiado al Dr. Llenas? ¿Al Dr. Llenas, que consciente del valor de la reliquia “había tenido la gentileza de permitir (a Ober) que llevara a la Exposición, el ancla de su pertenencia?... Y que le había ofrecido prestarle (solamente prestarle) las piezas de su pequeña pero valiosa colección de antigüedades para la Exposición de Chicago?...

Veamos como el propio Frederick A. Ober, en su obra *“In the Wake of Columbus”*,⁽⁶⁾ narra cómo obtuvo el ancla de Colón: “La fundación de la Navi-

6) Ober, F.A. Op. Cit. pp. 229-234.



dad es el incidente más interesante del primer viaje de Colón, después del primer descubrimiento de tierra. De ahí, pues, que todo cuanto proyecta luz sobre ese excitante episodio debe ser acogido por el mundo como un aporte importante al acervo de la historia. Tal aporte he hecho yo y su autenticidad ha quedado establecida más allá de toda duda. Arribé a Haití por el puerto de Cabo Haitiano, en la costa norte de la isla. Obtuve una pista importante en relación con un “hallazgo” sumamente valioso e inmediatamente fui por nuestro Cónsul, quien, debido a mi posición oficial de Comisionado de la Exposición Colombina, me puso a hablar con el jefe del Gobierno Gral. Nord Alexis. Era el verdadero presidente en el Norte, pues le había prestado al Presidente Hyppolite una ayuda valiosísima en su lucha por el poder.

“Se dio el caso de que el cuñado del General era dueño de la propiedad donde se encontraba el artículo que yo buscaba y él me llevó a verlo. Esta reliquia no era nada más ni nada menos que un ancla de la Santa María. Un culto amigo me había hablado de ella en Santo Domingo y yo ardía en deseos de verla, y en caso de comprobar que se trataba de una auténtica reliquia del pasado, comprarla. Mi amigo había investigado el asunto y había determinado que el ancla podía considerarse como auténtica. Es una pregunta muy natural : ¿cómo puede probarse la autenticidad de un ancla perdida cuatrocientos años atrás y remontarse hasta la nave misma de la cual se había tomado? Esto parecía difícil a primera vista, pero si contara con el espacio necesario podría ofrecer todos los eslabones de la cadena de la prueba circunstancial que conduce directamente al momento y al escenario del



naufragio, pero creo que puedo ofrecer una tesis convincente sin cansar a mis lectores.

“Siguiendo los principales aspectos de la reseña histórica, recordamos: que la fortaleza fue destruida completamente; que todos los hombres fueron muertos; que una parte del producto del pillaje fue hallada esparcida en las chozas de los naturales, y entre los artículos recuperados figuraba “un ancla de la caravela que se había desmantelado”. Sabemos que el lugar donde se depositaron los restos del naufragio era Guarico, en la actualidad Petite-Anse; que cerca de este punto se construyó un fuerte que se abasteció de todo lo necesario, y que al regreso de Colón hacia finales del año 1493, todo había sido destruido o dispersado. Siguiendo las pistas que le proporcionaban tradiciones invariadas y la evidencia histórica, mi amigo (Dr. Alejandro Llenas) descubrió entonces dos antiguas anclas, a dos y tres millas de Guarico, respectivamente, que presentaban todas las pruebas de extremada antigüedad. Cada una es de hierro forjado y batido en barra, midiendo unos nueve pies de largo, y con un gran aro de más de un pie de diámetro. De estos instrumentos se han enviado bosquejos y fotografías a París y Madrid y se ha declarado que las anclas son del tipo de las que se empleaban a finales del siglo XV.

“Cuando mi amigo redescubrió estas anclas vivía en el Cabo y el dueño de la propiedad donde se halló una de ellas se la obsequió. Pero mi amigo (el Dr. Alejandro Llenas) no se la había llevado y cuando lo ví en Santo Domingo, tuvo la gentileza de permitirme que me la llevara a exhibir en la Exposición Colombiana de Chicago.

“Provisto, como ya he dicho, de una carta de



presentación para el dueño, fuí en busca de la reliquia. El cuñado del General Nord era también “general”, pero a diferencia de la legión de morenos del Cabo que llevan el título sin mérito alguno, él había sido realmente militar. Juntos atravesamos las salinas y luego jardines desorganizados y los restos de propiedades en ruinas, hasta las ruinas de la vieja “gran casa”, una tres millas distante de la ciudad. La propiedad es una de las numerosas fincas abandonadas en la época de las matanzas de los franceses, hace en años. El general, mi compañero, desciende de uno de los libertadores negros a quien correspondió, como participación suya del botín, esta otrora hermosa propiedad que ahora está en estado de abandono. Recorrimos los restos de una gran avenida de altos árboles y enganchamos las riendas de nuestras mulas en un poste esquinero de una vivienda en ruinas.

“A unas pocas yardas estaba el ancla, recostada sobre los pilares de piedra del borde de un pozo, a través del cual estuvo colocada una vez para sostener una soga y polea. Me bastó un solo vistazo para convencerme de su autenticidad y de que, si no se trataba de la verdadera ancla de Colón, no cabía duda de que pertenecía a la época en que él vivió. Si se preguntara cómo llegó de tan lejos de la costa, y a una milla del lugar donde se conjetura que pasó a tierra, en Guarico, contestaría, en primer término, que pudo haber sido traída aquí para la mismísima finalidad a la cual tan manifiestamente sirvió, y también que pudo haber sido transportada hasta cierta distancia tierra adentro por los indios después del ataque contra La Navidad.

“Pudo ser que el cacique montañés Caonabo se



propuso llevársela a su provincia en el interior y que, al considerar que resultaba una carga, la abandonó en el camino, o también que aquellos salvajes sencillos, razonando ciegamente en su ignorancia que el ancla era un instrumento de destrucción o algún aparato esencial para la operación de las carabelas en el mar, se habían propuesto llevarla lo más lejos posible de la costa. No se hace mención de ningún producto de saqueo de importancia que se tomara Colón en su segundo viaje, y quizás no sólo se dejaran las anclas, sino también las lombardas del fuerte; las que, asimismo, tal vez fueran llevadas por los indios hasta cierta distancia o a sus bastiones en las montañas. Pero allí estaba ante mis ojos finalmente y no demoré en negociar la obtención de esta preciosa reliquia, con el resultado de que al día siguiente se hallaba a bordo del vapor de la Clyde, el Ozama, rumbo a Chicago vía Nueva York y Washington.”

Después de leer cuidadosamente la narración de Ober, ¿quién puede negar que él, con pleno conocimiento “negoció” una reliquia que bien sabía él pertenecía al Dr. Llenas, quien solamente lo había autorizado por carta de presentación y de autorización dirigida al custodio del ancla para que entregara ésta al portador, quien la llevaría a Chicago?

Es muy importante, por otra parte, extendernos un poco sobre las personalidades y funciones que desempeñaron los generales haitianos Hyppolite y Alexis. Con esto comprenderemos mejor la “odisea” del ancla de la Santa María.

Al tiempo del hallazgo del ancla por el Dr. Alejandro Llenas, gobernaba en Haití el Presidente Boisrond-Canal. Era éste un hombre liberal que no



siendo ni violento, ni cruel, ni disciplinado, dejaba que todo marchara a la deriva...⁽⁷⁾

Estas características del Presidente Boisrond-Canal y su gobierno permitieron al ilustre médico dominicano investigar acuciosamente los lugares históricos y apartados de la hermana república de Haití. Y obtenido el éxito antes mencionado, compartirlo.

Al arribo del comisionado Ober, gobernaba Haití el General Florvil Hippolite, hombre de personalidad violenta y agresiva. Pero que era controlado en el norte por su amigo, el general Nord Alexis, gran patriota haitiano y gran enamorado de las tradiciones de esta isla que compartimos dominicanos y haitianos.⁽⁸⁾

Hypolite era amigo del presidente dominicano Ulises Heureaux (Lilís), lo que permitía el mantenimiento de una buena amistad entre los dos pueblos.⁽⁹⁾ A este tiempo Heureaux tenía buenas relaciones con los Estados Unidos de América.⁽¹⁰⁾

Estas circunstancias favorecieron a Ober para sacar el ancla de Haití hacia Chicago, con mucha facilidad.

Por otra parte, si seguimos la historia haitiana, veremos que a inicios del siglo XX ascendió a la presidencia de Haití el General Nord —que como hemos dicho amaba la historia—. Y esto quizás fue factor decisivo en la conversación, primero, exhibición y devolución, después de una de las anclas de la

7) Dorsainvill, Jean Chrisostomus. *“Manual de Historia de Haití”* Edición Sociedad Dominicana de Bibliófilos. P. 233.

8) Ibidem. pág. 247.

9) Sang, Mu Klien A. *“Ulises Heureaux”*. Edición Instituto Tecnológico de Santo Domingo. 1987, P. 204.

10) Ibidem.



Santa María, que por acuerdo caballeroso del Dr. Llenas y el dueño de la finca Bellevue, quedó en Haití en cuyo museo se conserva todavía, después de ser devuelta por los organizadores de la Exposición Colombiana de Chicago, 1892.⁽¹¹⁾

Los haitianos al tiempo del hallazgo de las anclas por el Dr. Llenas, movieron mucho la prensa internacional. El periódico *La Verité*, de Puerto Principe, “fue el más ardiente defensor del acontecimiento”, insistiendo mucho en el informe rendido por los franceses sobre que “todo prueba que ellas (las anclas) debían provenir de la carabela de Cristóbal Colón”.⁽¹²⁾ El informe francés provenía de Nantes en cuya universidad estudió el Dr. Llenas la carrera de Medicina.⁽¹³⁾

Al clausurarse la Exposición Colombina de Chicago, el ancla pasó al “Field Columbian Museum, Fine Arts Building, Jackson Park”. Y aparece en la “Guide to de Field Columbian Museum”, Chicago 1894, con el número 61, Pág. 13.

Del Field Columbian Museum, pasó el ancla de la Santa María al Field Museum of Natural History, en 1894.

Por certificación de John E. Glynn, Superintendente de este museo, se sabe que el ancla de Colón fue enviada a la “Chicago Historical Society”, en diciembre 29 del año 1925. Esta ancla estaba catalogada con el número 256, en la Pág. 59 del libro “The Relics of Columbus”, escrito por Eleroy Curtis, año 1893. (Nota: de hecho el ancla no había cambiado de museo. Quedó

11) Hungría Morel, General (r) Radhamés. Op. Cit.

12) Ibidem.

13) Dato de la familia Llenas. (Dr. José Miguel Díaz Pichardo).



en el mismo. Porque fue el museo el que cambió de nombre, por resolución de sus Corporates Members, de 8 de noviembre de 1905. Es decir, “Field Columbian Museum” se convirtió en el “Field Museum of Natural History”. Este cambio fue asentado en las oficinas del Secretario de estado de Illinois en 10 de noviembre de 1905).

Extractos de la correspondencia del Field Museum, arrojan lo siguiente: “documento número 1645. Artículos embarcados por F.A. Ober, proveniente de Santo Domingo y Haití. Número 20 antigua ancla. Muy antiguo tipo. Fue rescatada del banco Este del río Ozama. De acuerdo a tradiciones multiseculares, se cree firmemente que perteneció a Diego Colón, hijo del Descubridor. (Nota: Deber ser el ancla del Gral. Nord.)

Número 68, el ancla de Colón. Cabo Haitiano. “Everything points to the anchor as one of those brought over by Columbus in the caravel that was wrecked on the coast of Haití of this first voyage to the New World”.

Presented by Dr. Alejandro Llenas, of Puerto Plata, Santo Domingo.⁽¹⁴⁾

(Traducción: Desde todos los puntos de vistas, esta ancla es la que llevó Colón en la carabela que se hundió en las costas de Haití, en su primer viaje al Nuevo Mundo. Donada (sic) por el Dr. Alejandro Llenas, de Puerto Plata, Santo Domingo). Se añade: mapa mostrando la localización del hundimiento, el ancla, etc. Donado por el Dr. Llenas.”)

14) Documentación sacada de la “Field Museum of Natural History”, por el periodista Jorge Casuso, del “Chicago Tribune”.



En junio 25 de 1932, el St. Javier H. Cerecedo, Cónsul de la República Dominicana en Chicago, escribió al Secretario de la “Chicago Historical Society”, Mr. Cecil Barnes, sobre el “Ancla de Colón” y recibió respuesta del Secretario diciéndole que el ancla había sido recibida por la Sociedad, en el año 1925. Que acompañaban a esta reliquia ciertos papeles de identificación; entre ellos uno que hacía constar que el ancla había sido donada (sic) a los organizadores de la Exposición Colombiana de Chicago, en 1893. Y que había llegado al Field Museum, a través de estos mismos señores.

Añadía que desde 1925, el ancla había sido exhibida por la Sociedad como una reliquia de Colón, propiedad de la Institución; que había sido adquirida “por intercambio de materiales entre el Field Museum y la Historical Society, lo que implicaba que la Sociedad había hecho un desembolso de consideración por el ancla”.

El secretario de la “Chicago Historical Society” hacía constar que solamente conocía del ancla desde su arribo a la Sociedad; que no podía aportar datos sobre su historia anterior, porque no tenía documentación sobre ésta; y refería al Cónsul al Field Museum.

En cuanto a la propiedad legal del ancla, el Secretario aclaraba que la Sociedad era indiscutiblemente la propietaria de ésta, porque como tal, la había exhibido durante largo tiempo públicamente. Lo que indica fuerte presunción de propiedad de la Sociedad sobre el ancla, pues durante este período nadie había discutido su propiedad a la “Chicago Historical Society”, ni esgrimido título alguno en contrario. El Secretario añadía su personal opinión sobre que si



alguno hubiera tenido algún derecho sobre el ancla en 1893, lo había perdido por el tiempo transcurrido de entonces acá, de acuerdo a las leyes del estado de Illinois.

En refuerzo de los criterios expresados, la Sociedad añadía que en sus *Récords* aparecía documentación sobre la fecha de recibo del ancla (29 de diciembre de 1925) (sic) al Field Museum por el Dr. Alejandro Llenas, de Puerto Plata, Santo Domingo (Nota del autor: todo lo expuesto al principio por Ober, inclusive, indica claramente que esto no fue así).

La Sociedad hacía público también, que dos meses atrás, el Sr. Luis de Lluch —que se presentaba como representante autorizado de la familia Llenas, con documentación de tal— había reclamado el ancla alegando que el Dr. Llenas había “prestado” (loaned) y no “presented” (donado) el ancla”. Añadía que como al finalizar la exposición no le había sido devuelta esta reliquia a su propietario, el Dr. Llenas, éste escribió a los organizadores de la Exposición, alegando su derecho y no recibió respuesta alguna. El Secretario de la Sociedad, Mr. Barnes, terminaba aceptando “que el ancla fué enviada a la Exposición sin aclarar si era a título de préstamo o de donación. Y que era ésta su opinión personal”.¹⁵⁾

El Cónsul dominicano Cerecedo, en otro orden de cosas, comunicó privadamente al Sr. Barnes, Secretario de la “Chicago Historical Society”, que él, personalmente, sólo requería de la Sociedad una carta sobre el asunto del ancla, aunque ésta no fuera favorable a su

15) Documentación sacada del Archivo de la “Chicago Historical Society” por el periodista Jorge Casuso, del “Chicago Tribune”.



pedido, con el objeto de que esta comunicación, llegada a la Cancillería dominicana, probara a esta que él oficialmente había atendido al Sr. Lluch representante de la familia Llenas. Y también para que ésta comunicación sirviera al mismo Sr. Lluch para continuar su investigación en el Field Museum.⁽¹⁶⁾

Decía al final de su exposición, el Sr. Barnes, Secretario de la “Chicago Historical Society”, que en el estado de Illinois, las acciones sobre contratos no escrito sobre posesión de propiedades personales, caducaban a los cinco años.

Posteriormente a los hechos narrados hasta aquí, el ancla de la Santa María, fue objeto de una discusión sobre su autenticidad, pues apareció otra ancla similar en el Museo Histórico de Puerto Príncipe (Nota del autor: nosotros pensamos que es esta la otra ancla que quedó en posesión del dueño de la finca donde apareció; y que ésta ancla, por gestión del cuñado del dueño, General Nord Alexis—gran amante de las tradiciones y más tarde presidente de la República de Haití— fue enviada al Museo Histórico de la hermana república de Haití: Se trata por tanto, del ancla compañera de la obsequiada al Dr. Llenas, por el gentil personaje haitiano, dueño de la finca. En conclusión, para nosotros, ambas anclas pertenecieron a la Santa María, nave insignia de Colón.

La parte (de la odisea del ancla), relativa a la discusión sobre la autenticidad, se desarrolló de la siguiente manera: El profesor de la Universidad de Harvard, gran historiador colombino, Samuel Elliot Morison, en un opúsculo titulado “*The route of*

16) Ibidem.



Columbus along the coast of Haití, and the sit of Navidad” discute la ruta del Almirante; y en su página 270 dice que en el año de 1871, por la orilla derecha de la Grande Riviere, apareció un ancla de hierro de nueve pies de largo, enterrada bajo cuatro pies de lodo. Esta ancla, presumía el Prof. Morison, que podía haber pertenecido a la Santa María. El ancla mencionada fue expuesta también en la Exposición Colombina de Chicago y estaba en el Museo Histórico de Puerto Príncipe...

La discusión con el Prof. Morison sobre cual era realmente el ancla auténtica de la Santa María, tuvo lugar en los días 20 y 21 de febrero de 1941. El profesor alegaba que el conservador del Museo Histórico de Haití, le había asegurado que ésta era el ancla de Colón, exhibida en la Exposición Colombina de Chicago.

Más tarde, cuando Mr. Barnes dijo al Prof. Morison que la Sociedad que representaba tenía toda la documentación de que el ancla que ellos tenían era la misma que exhibió en la Exposición de Chicago; y que era realmente ésta el ancla de Colón..., el Prof. Morison se rindió a la evidencia, aceptando que el ancla que tiene la Sociedad Histórica de Chicago es la auténtica ancla de la Santa María.

Lo que no parece haber sabido ni el Secretario de la Sociedad, ni el profesor de Harvard, es que, realmente hay dos anclas de la Santa María, como explicamos nosotros al principio. Ambas anclas fueron descubiertas por el Dr. Llenas. Una de ellas “reencontrada”, pues se conocía de ella desde 1781.

Para nosotros, el ancla a que alude el Prof. Morison, corresponde a una de las dos encontradas o redescu-



biertas, para el caso es lo mismo. Lo importante es que todo parece probar que las dos anclas, “la dominicana” y “la haitiana” pertenecieron a la Santa María, nave insignia del Descubridor.

Ahora bien, como hemos visto al principio de este trabajo, desde 1894, se están haciendo gestiones más o menos bien encaminadas tendientes a la devolución a la República Dominicana, del ancla que conserva la Sociedad Histórica de Chicago. Todas las gestiones han sido infructuosas. Motivó esto, a nuestro juicio, que no se había hecho un estudio minucioso de la documentación del caso; y que éste, para los norteamericanos, se presenta muy confuso.

Con este modesto trabajo, fruto de la compulsión de todos los datos encontrados, tratamos de aclarar esta “rigamorole”⁽¹⁷⁾ (galimatías), como calificó “el asunto del ancla de Colón”, la archivista del Field Museum, Mary Ann Jhonson.

No hubiéramos podido nosotros realizar este trabajo sin los aportes de todos aquellos que se han empeñado, desde hace casi un siglo, en el retorno a Santo Domingo del “Ancla de Colón”. Son éstos, aparte el Dr. Alejandro Llenas Julia y el señor Lluch, el Contraalmirante (r) Ramón Didiez Burgos, historiador naval; General (r) Radhamés Hungría Morel, historiador militar (ambos fallecidos); Contraalmirante (r) César de Windt Lavandier, historiador naval, y los familiares del Dr. Llenas: Don Pedro A. Victoria y Dr. José M. Díaz. Y muy especialmente los distinguidos periodistas Carmenchu Brusiloff, del periód-

17) Dato del periodista Jorge Casuso.



co “El Listín Diario”; de la República Dominicana y Jorge Casuso, del “Chicago Tribune”

En orden al retorno del ancla de Colón a la República Dominicana, un artículo reproducido en el “Santo Domingo News” de Septiembre 1ero. de 1989, del columnista de Chicago Joe Harkins, recoge en declaraciones del Presidente de la Sociedad Histórica de Chicago, Mr. Ellsworth H. Brown, que la “Chicago Historical Society” lamenta los malentendidos dominicanos, en relación al “Ancla de Colón” pero cree que éstos han propiciado la oportunidad a ésta institución de demostrar solidaridad internacional entre instituciones culturales”.

En esta entrevista exclusiva para “The News”, el Presidente de la “Chicago Historical Society”, comenta que se han publicado numerosas noticias y artículos en relación al “Ancla de Colón” y la reclamación de los dominicanos al respecto, pero que nadie ha pensado en el modo de resolver esta cuestión. Dice el Sr. Brown: nosotros somos sensibles ante los sentimientos del pueblo de la República Dominicana. Algunos hacen muchos esfuerzos por el retorno de un objeto que ellos creen de buena fe, que fue impropriadamente obtenido hace un siglo. Brown dice que sobre esto ha habido intercambio de correspondencia en que se ha tratado de reclamación de derechos y de acciones legales. Y añade que él cree que se debe abrir un diálogo de alto nivel académico entre la Sociedad Histórica de Chicago y otra institución similar de la República Dominicana. El piensa que si el ancla es cedida por la Sociedad Histórica de Chicago, esto se debe hacer a una institución profesional, capaz de garantizar la repatriación y seguridad de esta reli-



quia de la República Dominicana. También apunta: nosotros tenemos la responsabilidad de conservar y proteger los objetos culturales que están en nuestras manos. El simple hecho de que el ancla fue exhibida en un evento importante de la historia de nuestra ciudad, nos obliga a ser cuidadoso con su futuro. Así también estamos conservándola para todos.

Luego dice el Sr. Brown que, con motivo del V Centenario, él, personalmente, sugiere un intercambio cultural con la República Dominicana, que muestre a los ciudadanos de Chicago la importancia de Santo Domingo en el Descubrimiento del Nuevo Mundo y en la vida de su descubridor Cristóbal Colón.

Brown finaliza expresando que él piensa que todo puede resolverse directamente cuando ambas partes actúan de buena fe.⁽¹⁸⁾

Aceptando esta proposición del Presidente de la Sociedad Histórica de Chicago, nosotros sugerimos la intervención de la Academia Dominicana de la Historia —entidad nacional de mayor prestigio en el campo de los estudios históricos— para establecer contacto directo con la “Chicago Historical Society”, a través de sus respectivos presidentes, Mr. Ellsworth H. Brown y el Arzobispo Hugo Eduardo Polanco Brito.

Pensamos, que dos entidades de tanto prestigio y tan elevada función cultural, podrán iniciar una fructífera gestión que enriquezca los eventos del V Centenario del Descubrimiento y Evangelización de América; y llegar a un acuerdo que ponga punto final a la “Odisea del Ancla de Colón”.

18) Harkins, Joe. “Columbus Anchor on its way home to D.R.?” The Santo Domingo News. Sept. 1ro. 1989. (No. 951).

